



NO DESPRECIEMOS LA PROFESIÓN

DE NUESTROS PADRES.

—No, mi querido Guillermo, no soy de esa opinion, decia hace veinte años un honrado labrador, llamado Tomás, á otro de las cercanías del pueblo; no, mi hijo no será labrador; soy bastante rico, y, á Dios gracias, tengo buenas tierras y un buen molino; no tengo otro hijo, y quiero proporcionale una posicion más elevada, que llegue un dia á ser algo y que honre á su familia. No sentiré el dinero; no hay sacrificio alguno que no esté dispuesto á hacer para darle una buena educacion. Las escuelas del pueblo no pueden ofrecer más que una instruccion poco extensa. La escuela de la ciudad hubiera bastado quizás para realizar mis proyectos; pero mi vecino Marcelo, que piensa como yo, ha puesto á sus hijos en colegio. Mi hijo no es menos

que el suyo; me decido, pues, á imitar su ejemplo, y como es cierto que de los mejores manantiales se saca la mejor agua, he hecho el sacrificio por completo: acabo de colocar á mi Eduardo en un colegio de Madrid. Eduardo saldrá hecho un sabio.—Pues bien, vecino mio, respondió Guillermo; temo que haya usted cometido una tontería. El hermoso oficio de agricultor es el más noble de todos, el más seguro y más tranquilo. Además, su padre de usted y su abuelo han sido labradores, y no tiene V. que arrepentirse por haberles imitado. Créame V., el mejor oficio para un hijo es el de su padre; la reputacion de uno sirve para la reputacion de otro, y la experiencia de generaciones que se han sucedido en la misma profesion es la

mejor escuela donde se puede estudiar. Si tuviera V. muchos hijos, encontraría más razonable el ensayo que quiere hacer; comprendo que cuando hay una familia numerosa se desee dar á cada uno de los hijos una profesion diferente. El vinicultor Marcelo, á quien ha citado V. hace poco, ha obrado así y no le critico; tiene tres hijos: el mayor será lo que su padre, el segundo cree tener una especial vocacion por el estado eclesiástico y le ha puesto en un seminario, y al tercero, que es tan travieso, le ha enviado al colegio para que se dedique á las ciencias. Su hijo de V. tiene, sin duda, disposiciones ventajosas, pero..... ¿Disposiciones ventajosas? Las tiene prodigiosas; sus profesores están maravillados y elogian unánimemente su inteligencia, su facilidad y su trabajo.—Tanto peor, dijo Guillermo moviendo la cabeza; esos elogios le harán un gran daño y á V. tambien. Pero ¿á qué carrera quiere V. lanzarle?—Él es á propósito para todo; elegirá entre la profesion del abogado y la del médico, ó bien entrará en la alta administracion. Descuide V., mi querido Guillermo, alcanzará un dia puestos importantes.—Será embajador ó ministro, dijo Guillermo sonriendo.—¿Por qué no?—Le deseo buena fortuna, vecino mio, y á usted que no se arrepienta, dijo Guillermo levantándose y pidiendo permiso para retirarse.

Eduardo estaba, en efecto, en el colegio, y allí seguía el curso regular de los estudios literarios. Logró

algun aprovechamiento que le aluciné, así como al buen Tomás; pero no fué tan notable que indicase un genio superior. A su salida del colegio, Eduardo, que creía tener disposiciones ventajosas para el foro, aprendió derecho, tomó un grado; pero contó demasiado con su facilidad, y lejos de entregarse por completo á esos trabajos largos y penosos propios para los hombres hábiles, se dejó arrastrar por su aficion al placer, perdiendo en Madrid los mejores años de su juventud. Tenía algun talento natural y bastante trato de gentes; no se ocupaba para nada de su porvenir; hacia versos, escribía en los periódicos literarios y malgastaba cada año cantidades considerables, sin pensar nunca en ganar dinero para disminuir en algo los sacrificios que su padre hacia por él.

El pobre Tomás comenzaba entre tanto á encontrar un poco larga la educacion de su hijo, y su ausencia le parecia penosa. Nunca iba Eduardo al pueblo; le disgustaba el campo, y más todavía que su padre viniese á visitarle á la ciudad. Tomás era tan ignorante y estaba tan poco acostumbrado á la buena sociedad, que avergonzaba á su hijo por su comportamiento rústico. El pobre padre se apercibió de esto; pero ocultó su pesar y tuvo paciencia, porque creyó que su hijo iba á aprovechar la instruccion que le habia dado. ¡Ah! esto fué para él el mayor de todos los males; Eduardo se hallaba ligado por vínculos de amistad con emprendedores intrigantes que tienen siem-

pre en la cabeza grandes proyectos que llevar á cabo con la fortuna de los demas. Una soberbia especulacion se presentó; se quiso admitir á Eduardo en la sociedad anónima de una papelería mecánica; se trataba de fabricar magnífico papel de paja. ¿Era posible no hacer fortuna, no nadar en oro en pocos años? El molino de Tomás fue vendido y Eduardo se hizo accionista. Seis años despues las acciones se habian reducido al cuarto de su valor, y por consiguiente, las tres cuartas partes del molino se habian perdido, y la otra cuarta parte corria gran riesgo de perderse.

Eduardo se hallaba en un camino en que era difícil retroceder; quiso reparar su pérdida, y esta vez, para no verse burlado por los demas, quiso montar por sí solo una fábrica, pues no dudaba de sus ventajas. «Soy más hábil de lo que se cree, se decia á sí propio; en el colegio llamaba la atencion mi genio inventivo; debo salir bien de mi empresa, y saldré.» Que así lo creyera Eduardo, nada tiene de particular; pero esto mismo se lo hizo creer á su padre, y el pobre Tomás quedó completamente arruinado.

Le vendieron las tierras, como lo

habia sido ya el molino. Eduardo emprendió la explotacion de una fábrica de tejidos de algodón, pero con todo su ingenio y toda su ciencia, le faltaba una cualidad indispensable para este género de industria, y era la experiencia. Se asoció con un hombre del oficio; éste era un bribon, que en dos años condujo tan bien la industria, que quebró y fué preciso satisfacer numerosos créditos. La fábrica se vendió por la cuarta parte de su valor; fué su asociado quien la compró, y el pobre Tomás no tuvo más que un hijo incapaz de auxiliarse. A los sesenta años le fué necesario ponerse á trabajar como el primer dia.

—Vecino, le dijo Guillermo, ha salido al pié de la letra lo que le anuncié hace veinte años; es preciso tomar un partido con resolucion; abandone V. á su hijo y piense en sí mismo. Sea V. mi arrendatario: yo acabo de comprar una heredad bastante considerable, pero está demasiado léjos de aquí para dirigirla por mí mismo. Vaya V. á establecerse en ella, pues conozco la habilidad y aplicacion de V., y tengo entera confianza en ellas.

TH. LEBRUN.



DOS RETRATOS EN UN MARCO.

CUADRITO INFANTIL

PARA QUE LO REPRESENTEN DOS NIÑAS Y UN NIÑO.

INTERLOCUTORES.

LOLA.—MERCEDES.—PACO.

(Gabinete bien amueblado)

ESCENA PRIMERA.

LOLA Y MERCEDES.

(Aparecen sentadas una á cada lado.
Lola arrulla y mece á una muñeca
que tiene en brazos. Mercedes está
acabando de pegar el velo á un pe-
queño manto.)

LOLA. A la ró... ró... ró... ró... ró...
ró... (Sigue.)

MERCED. «Niña la de ojos negros (Cantando.)
Como las penas.»

LOLA. ¡Mercedes!

MERCED. ¿Qué?

LOLA. Que te calles.

MERCED. No quiero.

LOLA. ¿No?

MERCED. «Quiero para quererte
Que seas buena.»

LOLA. ¿Te pego?

Que no me dejas dormir
Á la chiquilla.

MERCED. Me alegro.

LOLA. ¿No serás mala? Ro... ró... (Volvien-
do á la suya.)

MERCED. «Niña la de ojos negros (Idem.)
Como las penas.»

LOLA. ¡Bá, bá!

Con esta no hay más remedio
Que, ó darla un par de cachetes,
Ó dejar una sus juegos.

MERCED. Es lo que debes hacer:

Lo segundo por supuesto.

LOLA. ¡Bachillera!

MERCED. Pues es claro.

¿Te parece santo y bueno,
Que á tu edad, de esa manera
Pierdas en jugar el tiempo?

LOLA. ¿Y en qué he de emplearle, tonta?

MERCED. ¡Simple, en imitar mi ejemplo!
Yo estoy mejor ocupada.

LOLA. ¿Mejor? Calle el arrapiezo.
Á la ro... ró... (Como ántes.)

MERCED. Vas á ver

Quien debe callar primero,
Si no dejas tu run run
Y estudia Paquito ahí dentro.

LOLA. ¿Y es que tú no le distraes
Cantando los ojos negros?

MERCED. Concluida mi gran obra
Callo ya. (Levantándose.)

LOLA. ¿Qué será ello?

MERCED. Me he cosido un señor manto.

LOLA. ¿Manto tú? Será manteo.

MERCED. ¿Lo coserás tú mejor?

LOLA. Con sólo hilvanarlo.

MERCED. Cierto. (Irónica-
mente.)
Como que puedes sacar
Para muestra tus pañuelos.

LOLA. Porque no pongo interes.

MERCED. Porque el repulgar no es juego.
Voy á ver qué tal me sienta.

(Se pone el manto y se mira á un espejo.)

LOLA. Perfectamente. (Con burla.)

MERCED. Lo creo.

Como que me le pondré
Para ir á misa si quiero.

LOLA. Parecerás doña Maura

La esposa de don Anselmo.
MERCED. Pareceré una señora,
 Que es conseguir mi deseo.
LOLA. Tu afán sempiterno es ese;
 Ser mujer ántes de tiempo.
MERCED. ¿No vale más que tener
 Tu afición á los muñecos,
 Y á los juguetes, y á cosas
 Propias de niñas de pecho?
 Serás siempre un renacuajo
 Recien salido del huevo.
LOLA. Tú sí lo serás por mucho
 Que no quieras parecerlo.
 Tus humos de gran sujeta
 Son la mofa del paseo,
 Cuando haces de comba y aro,
 Y áun del corro, menosprecio.
 Y á fe que no te das tono
 Con decir: yo ya no juego. *(Con énfasis sarcástico.)*
MERCED. ¿Te me burlas?
LOLA. Claro está.
 Y áun más con tu manto nuevo.
 Quitátele; ¿no te miras?
 Pareces quiero y no puedo.
 Buenas tardes, doña Maura. *(Irónicamente y como saludando á una señora mayor.)*
 Va bien... ¿Y aquel caballero...?
MERCED. Zumbona, más que zumbona,
 Mamá te contará un cuento.
LOLA. Y á tí dos.
MERCED. Bien; me lo quito. *(Lo hace.)*
 Pero tus juguetes luégo..
LOLA. ¿Qué es lo que intentas...? Mamá.
(Gritando.)
MERCED. Si te los voy á hacer nuevos. *(Dando unos pasos.)*
LOLA. ¡Mamá! ¡mamá! *(Llorosa y gritando.)*
MERCED. Bien te cuadra.
 Cuando á mí me cobras miedo
 ¿Qué tal mujer estás tú?
LOLA. Fea.
MERCED. Vuélvete al espejo.
LOLA. Fastidiosa.
MERCED. Mona.
LOLA. Cursi.
PACO. *(Apareciendo de pronto.)*
 Chiquillas... Pero ¿qué es esto?

ESCENA II.

LAS MISMAS, PACO.

PACO. Más vuestra bulla no aguanto
 Si he de escribir y estudiar.
 Sois capaces de acabar
 Con la paciencia de un santo.
 Cual perro y gato las dos...
LOLA. Lo que ha sido te diré. *(Queriendo llevarle á un lado.)*
MERCED. Vén, yo te lo explicaré. *(Idem.)*
LOLA. No, yo...
MERCED. Yo... *(Insistiendo cada cual.)*
PACO. Basta por Dios,
 Ni que fuera un zarandillo.
LOLA. Quiero que sepas la causa...
MERCED. Vas á saber...
PACO. Pausa, pausa
 Que tengo ya tabardillo.
 Y además, sé de memoria
 Que tú estás por avanzar *(á Merced.)*
 Y tú por retrogradar *(á Lola);*
 Con que excusadme la historia.
LOLA. ¿Y serás tan mentecato
 Que no me des la razón?
PACO. Te va á decir mi opinión
 Tu retrato. *(Sacando un papel.)*
LOLA. ¿Mi retrato?
PACO. Hecho en dos ratos perdidos.
LOLA. Déjamele ver.
PACO. ¡Qué antojos!
 Si no se ve con los ojos.
LOLA. ¿Cómo, pues?
PACO. Con los oídos.
 Escucha y verás.
LOLA. Ya entiendo.
 ¿Lo mismo que una comedia?
MERCED. Te pondrá de vuelta y media;
 Ya me estoy yo relamiendo.
PACO. •Es Lola Sol y García *(Leyendo.)*
 Una niña angelical.
LOLA. Parece que no va mal.
MERCED. Es temprano todavía.
PACO. •Su continente es galanc,
 Su cara una miniatura,
 Y es flexible su cintura

- Como un junco americano.»
- MERCED. ¿Casi, pues, querrás decir...?
- PACO. Que es una obra acabada.
- LOLA. ¿Qué te parece?
- MERCED. ¿A mí...? nada;
Que al freir será el reir.
- PACO. «Siendo, pues, tal su belleza,
¿No causa lástima el ver
Que no aspire á ser mujer
Como ya á exigirlo empieza
Su edad?»
- MERCED. Ya pareció el peine.
- PACO. «Grima da que á sus Abriles,
De los juegos infantiles
El influjo en ella áun reine.»
- MERCED. ¿No lo dije yo? ¿Qué tal?
- LOLA. ¿Con que cometo un delito?
- PACO. «Fáltala ser un poquito
Más presumida y formal.
Y considerar tambien,
Que en algo pudiera ya
Ser útil á su mamá
Y á su familia.»
- MERCED. ¡Muy bien!
- PACO. «No da, pues, una puntada,
Ni pegar sabe un boton;
No sirviendo en el salon,
Ni en la cocina, de nada.»
- MERCED. Chúpate esa.
- PACO. «De manera
Que, resumiendo, en su casa,
La tal Lolita no pasa
De ser un mueble cualquiera.»
- MERCED. ¡Bravo! Cosa superior.
- PACO. ¿Sabes ya mi parecer?
- LOLA. Es pintar como querer.
- MERCED. Y no he sido yo el pintor.
- LOLA. No le envidio yo la gloria.
- MERCED. Porque te aplasta la mia.
¡Cómo triunfo!
- PACO. Todavía
No debes cantar victoria.
Primero escucha.
- LOLA. Ya entiendo.
- MERCED. ¿Tambien tu pluma me asedia?
- LOLA. Te pondrá de vuelta y media;
Ya me estoy yo relamiendo.
- MERCED. (Yo haré de modo que tú
- No rias á costa mia). (Se sienta y
finge dormirse.)
- PACO. «Mercedes Sol y García
Vale, aunque niña, un Perú.
Su continente es galano,
Su rostro una miniatura,
Y es flexible su cintura...»
- LOLA. Sí... como la de un enano.
- MERCED. (¡Calumniadora!)
- PACO. «De modo,
Que en lo linda y lo graciosa,
Raya á una altura...»
- LOLA. Pasmosa:
Como de la mano al codo.
- PACO. No me interrumpas.
- LOLA. Yo atiando
Como ántes ella atendió.
- MERCED. (Ya te lo diria yo
Si no estuviera durmiendo.)
- PACO. «¿No le causa, pues, vergüenza,
Siendo tan mona, querer
Ó desear ser mujer
Cuando á ser niña comienza?»
- LOLA. Pareció el peine.
- PACO. «Da enfado,
Que ya en sus cortos Abriles
De los juegos infantiles
Haya, necia, renegado.»
- LOLA. ¿No lo dije yo? ¿Qué tal?
- PACO. «Comete, pues, un delito,
Pecando así no poquito
De presumida y formal;
Y de engreirse de modo,
Que en su casa piensa ya
Ser útil á su mamá
Y á su familia en un todo.
Pero ni da una puntada,
Ni pegar sabe un boton;
No sirviendo en el salon,
Ni en la cocina, de nada.»
- LOLA. Chúpate esa.
- PACO. «De manera
Que aunque se da una importancia
Muy impropia de su infancia,
No es más que un mueble cualquiera.
Y, en fin, sin ser un Apéles,
Cree el pintor haber probado
Que ambas niñas han trocado

ESCENAS INFANTILES.



Estos niños son muy galantes.

Están cogiendo flores y fruta para dárselas á las niñas que les acompañan. La galantería es una buena cualidad sin duda ; pero es preciso serlo con lo propio, y de ningún modo con lo ajeno, pues lo ajeno, aunque sea tan insignificante como una florecilla ó una mora, nunca debe tomarse ni regalarse sin permiso de su dueño. Este no lo niega nunca, si se le pide, á no ser que sea un ente extravagante, en cuyo caso más pierde él poniendo de manifiesto su bilioso carácter que los niños dejando de coger lo que deseaban.



LA VIDA DE ESOPPO.

Nada de cierto se sabe acerca del nacimiento de Homero y de Esopo: á duras penas se sabe algo de lo más notable que les aconteció; suceso bien extraño si se considera que la historia registra otras vidas ménos agradables y ménos necesarias que éstas. Cuántos destructores de naciones, cuántos príncipes sin mérito, han encontrado hombres que nos han relatado hasta los menores accidentes de su vida; y, no obstante, ignoramos los más importantes de Esopo y de Homero, es decir, de dos personajes que han alcanzado el favor de los siglos sucesivos. Porque Homero no es solamente el padre de los Dioses, es asimismo el de los buenos poetas. En cuanto á Esopo,

me parece que se le debía colocar entre el número de los sabios de que la Grecia se ha envanecido tanto, él que enseñó la verdadera sabiduría, y que la enseñó con algo más de arte que los que lo hacen con definiciones y reglas. Se ha descubierto verdaderamente la vida de estos dos grandes hombres; pero la mayor parte de los sabios las tienen por fabulosas, especialmente la que escribió Planudio. Por mi parte renuncio á tomar parte en esta crítica. Como Planudio vivió en un siglo en que el recuerdo de los sucesos acaecidos á Esopo no debía estar aún perdido, creo que sabría por tradición lo que acerca de él nos dejó. En esta creencia le he seguido, sin quitar de cuan-

to ha dicho de Esopo, más que aquello que he juzgado demasiado pueril ó inconveniente.

Esopo era frigio, de una ciudad llamada *Amorium*. Nació hácia la quincuagésima sétima olimpiada, unos doscientos años ántes de la fundacion de Roma. No sabré decir si tuvo motivo de agradecimiento á la naturaleza, ó bien de quejarse de ella, puesto que dotándole de una inteligencia privilegiada, le hizo nacer disforme y feo de rostro, teniendo á duras penas figura de hombre, y hasta el extremo de negarle el uso de la palabra. Con estos defectos, aún cuando no tuviese la condicion de esclavo, no podia escapar de serlo. Por lo demas, su alma se mantuvo siempre libre é independiente de la fortuna.

El primer dueño que tuvo le envió á trabajar al campo, fuese por juzgarle incapaz de otra cosa, ó bien por alejar de su vista un objeto tan desagradable. Sucedió que su dueño al ir á ver su casa de campo recibió de un campesino unos higos: parecieronle excelentes y dió orden á su repostero, llamado Agathopus, de llevárselos á la salida del baño. La suerte quiso que Esopo tuviera que hacer en la despensa. Tan pronto como éste entró, Agathopus se aprovechó de la ocasion, y se comió los higos, con algunos de sus camaradas, echando despues la culpa de esta pillada á Esopo, en la seguridad de que jamas podria justificarse, tal era el concepto que gozaba de tartamudo é idiota. Los castigos que los an-

tiguos empleaban contra sus esclavos eran demasiado crueles, y aquella falta muy punible. El pobre Esopo se arrojó á los piés de su dueño, y dándose á comprender de la mejor manera posible, rogó por toda gracia que se suspendiese por algunos instantes su castigo. Concedida esta gracia, marchó en busca de agua tibia, bebióla en presencia de su señor, metióse los dedos en la boca, y tan luégo como se hubo enjuagado, la arrojó sin que contuviese otra cosa más que la misma agua. Despues de quedar justificado por este medio, pidió que se obligase á hacer lo propio á los demas. Todos quedaron sorprendidos: jamas hubieran podido creer que tal rasgo de ingenio pudiera ser de Esopo. Agathopus y sus camaradas no parecian hallarse temerosos. Bebieron el agua de la misma manera que lo habia hecho el frigio, y se metieron los dedos en la boca, mas cuidándose de no meterlos demasiado. El agua sin embargo no dejó de producir sus efectos, poniendo en evidencia los higos completamente crudos y aún verdes. De esta manera se salvó Esopo, y sus acusadores fueron doblemente castigados, por su glotoneria y por su mala intencion. Al dia siguiente, despues que el dueño marchó y el frigio se hallaba en su trabajo, varios viajeros perdidos (algunos dicen que eran sacerdotes de Diana), le suplicaron, en nombre del hospitalario Júpiter, que les enseñase el camino que llevaba á la ciudad. Esopo les invitó á que dencansáran á la som-

bra, presentándoles despues un ligero desayuno, se convirtió en su guia, y no les abandonó hasta dejarles en su camino, por lo cual los viajeros elevaron agradecidos sus manos al cielo, rogando á Júpiter recompensase aquella accion caritativa. Apenas se hubo separado Esopo de ellos, cuando el calor y la fatiga le obligaron á descansar, y se durmió. Durante su sueño, se imaginó que la fortuna estaba delante de él y que le desligaba la lengua. Vuelto en sí, se despertó sobresaltado, y al despertarse: «¿Qué es esto? se dijo; mi voz se halla libre: pronuncio bien un rastrillo, una carreta, un perro, todo lo que quiero.» Esta maravilla fué causa de que mudase de dueño. Un tal Zénas que hacía las veces de administrador y que tenía entrejo á los esclavos, castigó de una manera desapiadada á uno de ellos por una falta que no lo merecia. Esopo no se pudo contener, le reprendió y le amenazó con denunciar sus malos tratamientos. Zénas, para prevenirse y por vengarse de él, dijo á su dueño que se habia efectuado un prodigio en su casa; que el frigio habia recobrado la palabra; pero que el bribon no hacía uso de ella sino para blasfemar y murmurar de su dueño. Este no tan sólo le dió crédito, sino que le entregó á Esopo con autorizacion de hacer de él lo que quisiera. Vuelto Zénas al campo, le fué á buscar un comerciante, pidiéndole que le hiciese con una bestia de carga. «Para eso no tengo poder, le dijo Zénas, pero puedo

venderte uno de nuestros esclavos.» Hizo venir á Esopo, y al verlo el comerciante le dijo: «Pero es por burlarte de mí por lo que me propones la compra de este personaje? Cualquiera le tomaría por un pellejo.» El comerciante se retiró, medio murmurando, medio riendo de aquel objeto; pero Esopo le llamó y le dijo: «Cómprame sin vacilar, que no te seré inútil. Si tienes niños que lloran y son revoltosos, mi figura les asustará: se les amenazará conmigo como con el coco.» Esta burla le agradó al comerciante. Compró á nuestro frigio por tres óbolos, y dijo riéndose: «Alabados sean los dioses; en verdad que no he hecho una gran adquisicion; pero tampoco he desembolsado mucho dinero.»

Entre otros negocios, aquel comerciante traficaba con los esclavos, y tenía que marchar á Efeso, para deshacerse de los que llevaba, debiendo al marchar repartirse entre todos ellos, para mayor comodidad del viaje, el equipaje todo segun las fuerzas y el empleo de cada uno. Esopo rogó que se tuviese presente su estatura; que era recién venido y debia ser tratado con consideracion. «No llevarás nada, si no quieres», le contestaron sus camaradas. Esopo se creyó ofendido en su amor propio, y quiso llevar su carga como los demas. Se le dejó escoger, y tomó el cesto del pan que era el fardo más pesado. Todos creyeron que lo habia hecho por torpeza; pero desde la comida de aquel dia el cesto fué aligerado, y aliviado, por lo tanto, el

frigio en su carga; lo propio sucedió por la noche, y lo mismo á la mañana siguiente; de suerte que al cabo de dos dias no llevaba nada. El buen sentido y el razonamiento del personaje fueron admirados generalmente.

El comerciante se deshizo de todos sus esclavos, excepto de un gramático, de un cantor y de Esopo, los cuales iba á exponer á la venta en Sámos.

Antes de llevarles á la plaza, hizo vestir á los dos primeros lo mejor que pudo, como si arreglase un fardo de mercancías; á Esopo, al contrario, se le puso un saco, y fué colocado entre los dos, para darles más lustre. Presentáronse algunos compradores, entre otros un filósofo llamado Xantus. Preguntó al gramático y al cantor lo que sabian hacer: «Todo», le respondieron. Esto hizo reir al frigio, y puede uno imaginarse de qué manera. Planudio dice que casi echaron á correr, de lo horroroso que fué el gesto que hizo. El comerciante pidió mil óbolos por su cantor y tres mil por su gramático, dando en caso de que se le comprase á cualquiera de los dos á Esopo, como añadidura. Lo caro del gramático y del cantor disgustó á Xantus; pero para no volverse á su casa sin haber hecho alguna compra, sus discípulos le aconsejaron comprase aquel remedo de hombre, que se habia reido con tanta gracia; se haria de él un espantajo y divertiría á las gentes por su cara. Xantus se dejó persuadir, y pagó sesenta óbolos por Esopo. Le preguntó, antes de

comprarle, para qué le sería útil, lo mismo que habia preguntado á sus camaradas. Esopo respondió: «Para nada», puesto que los otros dos se lo habian apropiado todo. Los empleados de la aduana entregaron generosamente á Xantus los derechos de introduccion.

Xantus tenía una mujer muy delicada á quien no gustaba mucha clase de gentes, y que si se la hubiese presentado de una manera formal á su nuevo esclavo, la hubiera hecho ponerse furiosa. Por eso juzgó más oportuno el hacerlo en tono de broma, y se fué á decir en su casa que acababa de comprar un jóven esclavo, lo más guapo del mundo. Las jóvenes que servian á su mujer, con este anuncio, llegaron á desafiarse para ver cuál conseguia fijar la atencion de su nuevo compañero; pero quedaron bien atónitas al aparecer el personaje. La una se puso las manos delante de los ojos; la otra echó á correr, otra dió un grito. La dueña de la casa dijo que llevaba á semejante monstruo para echarla á la calle, puesto que hacía mucho tiempo que el filósofo se habia cansado de ella. De palabra en palabra se acalararon de tal manera, que la mujer pidió su dote y quiso retirarse á casa de sus padres. Xantus con su paciencia, y Esopo con su talento, consiguieron que se calmase. No se volvió á hablar de marcharse, y la costumbre hizo que perdiera algo de su fealdad el nuevo esclavo.

(Se continuará.)

EL VIEJO Y EL GATO.

(FÁBULA.)

En la casa de un viejo literato
 Muy desde chiquitin crióse un gato,
 Y acostumbróse el viejo
 Á jugar con el ruin animalejo,
 Que sacó entre monadas infinitas
 La de clavarle al amo las uñitas,
 No con mala intencion, aunque sin duelo;
 Pues entre sí los gatos, cuando juegan,
 Á rasgarse el pellejo nunca llegan,
 Porque es gordito, y lo defiende pelo.

No echan de ver los gatos, no, sin duda,
 Que la mano del hombre no es peluda;
 Suelen tratarla como
 Si de merina oveja fuese lomo:
 Sucedia por eso
 Con la cándida tal gatuna maña,
 Que halagando á su micho cada dia
 El amo, cariñoso con exceso,
 Libre nunca la diestra se veia
 De largas y profundas cicatrices,
 Debidas al lisito de narices.
 « Yo le acaricio, y él siempre me araña »;
 El viejo con disgusto repetia.

Una vez dijo las palabras éstas
 En ocasion que el miz, buscando fiestas,
 Al buen señor venía.
 Él le halagó con santa mansedumbre,
 Y el gato le arañó segun costumbre,
 Agregando esta vez por chiste arisco,
 Un mediano mordisco,
 Del cual, aunque mediano,
 Sangre saltó de la benigna mano.
 Pues, amigos, enójase mi viejo
 De ver acribillado su pellejo,
 Y el ástil agarrando de una escoba,
 De un palo al mordedor por juego y chiste
 Le hizo andar tres domingos con joroba.
 Desde aquel dia, de recuerdo triste,
 Recuerdo que el morroño nunca pierde,
 Huye y bufa al señor, y no le muerde;
 Y el amo, aunque del hecho ya le pesa,
 De su mano la piel mantiene ilesa:
 Con que de aquí *resulta*, y áun *resalta*,
 Que un trancazo tal vez puede hacer falta.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



LA APERTURA DE LAS CLASES

Y EL HOMBRECILLO VERDE.

(Conclusion.)

El jóven elegante aparece rodeado de acreedores, llamándole á voces tramposo; él los mira con serenidad, y continúa su marcha, gastando en un solo dia la suma que bastaria para mantenerle un mes. No hace caso de lo que debe, y sólo piensa en tener nuevos acreedores. ¡ Tanto llegan las deudas á envilecer el alma! El jóven que murió en el desafio era su mejor amigo, y pariente de una jóven y hermosa señorita con la que él debía casarse.....; pero ella desde entonces rehusó ser su esposa, no queriendo un asesino para padre de sus hijos.

— Ya debes haber visto bastante, repitió el hombrecito verde-monstruo, con signos de impaciencia.

— Sí, sí, dijo Pascual conmovido.

El hombrecito tocó por tercera vez la estufa con su espada, y al momento mudó la escena.

El jóven elegante aparece ya hombre adulto.

En lugar de la roseta verde-monstruo, tenía un gran cordon del mismo color que le cruzaba el pecho; se perfumaba con esencias exquisitas; pasaba la mañana del tocador al sofá, y de éste al tocador; despues iba á pasearse á los sitios más concurridos, y por la noche acudia á los brillantes salones, en donde se trasformaba de elegante bailarín, en agitado jugador, ostentando montones de oro.

—¿ Estás ya satisfecho de tanto co-

mo has visto? dijo el hombrecito verde-monstruo.

— Todavía no, contestó Pascual, mirando como espantado á la estufa.

El elegante jóven se habia vuelto ya un viejo pálido, flaco y ridículo en su traza.

Una tos seca y continúa indicaba su mala salud, consecuencia infalible de sus faltas; porque habeis de saber, hijos míos, que los vicios son los mayores enemigos del principio vital, y las pasiones desordenadas son enfermedades del alma, que destruyen el cuerpo. Muchos delincuentes dejan de penar en la cárcel ó en el destierro, pero ningun vicioso se escapa sin padecer varios achaques. Las leyes de la naturaleza no se quebrantan impunemente, y el atolondrado jóven habia faltado á ella tantas veces.....

No tenía mujer ni hijos que le amasen en la actualidad y le cuidasen en sus últimos años; iba de luto por su madre, que, arruinada por sus calaveradas y llena de sentimiento, acababa de morir. Reflexionaba un poco en su situacion, comenzaba á entristecerse; pero para sustraerse á los remordimientos con que Dios le affigia en este mundo, como castigo de sus extravíos, y para escarmiento de los demas, se emborrachó con otros malas cabezas, y queriendo recobrar la fortuna que habia disipado, jugó la última peseta que le quedaba y la perdió.

— Ya debes haber visto lo suficiente, dijo con la mayor impaciencia el hombrecito verde-monstruo.

— Sí, respondió Pascual lleno de indignación.

— Sin embargo, quiero manifestarte la cuarta escena.

Vuelve á tocar en la estufa con su larga espada, pero inútilmente; la multitud de candelillas ya no reflejaba en las magníficas arañas de cristal..... Se habian apagado.

No es culpa mia, exclamó el hombrecito verde-monstruo, guiñando el ojo izquierdo, é inflando el carrillo derecho con la punta de la lengua; me has hecho esperar mucho despues de cada acto.

Mis actores y maquinista han cumplido con su deber; todo se hubiera concluido como se deseaba; pero repito que me has hecho esperar demasiado en los entreactos, sin saber por qué, á ménos que no sea para reflexionar en la felicidad que te espera.... Es preciso no reflexionar mucho, como lo acabas de ver, pues te has perdido el más gracioso de mis cuadros, el que representa los placeres con que yo acompaño la vejez del que se ha entregado á mí durante su juventud.

Pero á pesar de todo, ¿consientes en reconocerme por rey? ¿juras serme fiel?

Mientras el hombrecito verde-monstruo pronunciaba estas palabras con volubilidad, Pascual sin escucharle, contemplaba dolorosamente la estufa; y aunque ya no se multiplicaban las candelillas, sin embargo alcanzó á ver que el hombre pálido y flaco se habia convertido en un viejo sucio y asqueroso que venía de presidio, adonde le habian sentenciado por haber salido un dia á robar obligado por el hambre; la fatal cinta formaba como un collar que caía

sobre su pecho, como en escarnio de sus destrozados vestidos, que apenas le cubrian las carnes. En tan lastimoso estado anduvo errante de lugar en lugar pidiendo limosna, hasta que al fin extenuado, lleno de fatiga, rechazado por todos, se tendió á la orilla de un camino, donde, desconocido, murió sumido en la vergüenza, en los remordimientos y en la miseria, mientras que su madre, puesta de rodillas en la mansion de los justos, rogaba por él delante de Dios.... Lo que habia más repugnante en esta escena de dolor, era oír las variadas contradanzas que tocaba la orquesta.

El hombrecito verde-monstruo envainó su larga espada, con ménos satisfacción que cuando la sacó; el silencio del estudiantito no le presagiaba nada favorable; agitaba continuamente sus garras como para retener su consentida presa; y aunque se esforzaba en suavizar la voz, estaba tan furioso, que repetía á menudo:—¿consientes en reconocerme por rey?... ¿juras serme fiel?

— No, no, no, grito Pascual, entre el furor y el espanto.

No, no, huye de mí, genio infernal, genio de la guerra, tú eres el que engañas á los niños, presentándote á ellos como el repartidor de la felicidad, siendo el origen de los males, pues tú los comprendes todos. El perezoso queda ignorante para siempre; se hace gloton, falsario, borracho, mendigo, jugador, ladron y asesino.....

He aquí la suerte del que cree existir en este mundo para jugar, comer, beber y dormir, como si cada uno no tuviese su tarea que desempeñar; los unos con sus brazos y los otros con su talento é ingenio. Trabajar continuamente, ayudarnos unos á otros, amar á Dios y perfeccionar

nuestro entendimiento para ser dignos de El..... Ved aquí lo que constituye la verdadera felicidad..... huye, huye, horrible monstruo; tú, tú eres el que has causado la pérdida de un estudiante que ha hecho morir á su madre de pena, pereciendo él en la desesperacion.

Aún no habia acabado Pascual su imprecacion, cuando el hombrecito verde-monstruo habia desaparecido por el cañon de la estufa. Pascual despertó entre gritos y sollozos; su

madre le oyó, y acudiendo al instante, le preguntó:—¿qué tienes, hijo mio?

—¡Mamá! ¡Mamá! Llévame pronto al colegio, dijo Pascual á medio despertar.

Hijos míos, todo lo que os he contado no era más que un sueño..... Pero un sueño, queridos niños, que oculta en el fondo mucha realidad; no lo olvideis y seréis felices.

J. M. BALLESTEROS.



LOS BUENOS ANIMALITOS.

Todos los animales que tienen buen instinto son muy amigos de los niños. Rara vez hace daño un perro á un niño; al contrario, baste que el niño le mire para que el animal empiece á mover la cola y á acariciarle. Las ovejas, las cabras y las vacas se aficionan tambien grandemente á los niños, y son con ellos dulces, sumisas y zalameras. Da gusto ver un rebaño conducido por niños. Los animalitos se agrupan al rededor de sus tiernos conductores, y es raro que alguno se desvie del camino. Parece cómo que quieren evitarles todo disgusto y toda responsabilidad.